

EL PADRE

Hugo Trillo Mangano



Capítulo 1

Hugo TM

EL PADRE

Dedicado a mis *padres*.

EL PADRE

Me encuentro sumido en un estado de turbación y vértigo que se exagera ininterrumpida y vigorosamente, temo que alcance, aunque por un breve periodo de tiempo, la lipotimia. Las cosas en mi derredor parecen no ser las mismas, se transforman, cambian. Mobiliario común se convierte repentinamente en criaturas dantescas que jamás hubiese podido imaginar. Me encuentro tumbado bocarriba, envuelto en desasosiego que parece no tener la intención de marcharse. El frío se adhiere a mí y decido ocultar mi cuerpo a los monstruos que moran en mi habitación, utilizando una gruesa manta colocada en el armazón. Me giro espantado y agarro un peluche dispuesto en la mesita de noche con reciedumbre, lo aplasto contra mi rostro y, de pronto, relajo los músculos. Estoy agotado. Acuno al peluche en mi regazo y cierro los ojos con sosiego.

Duermo. Un sueño insondable y apacible. Corro a través de verdes valles, junto a mí, Chuck sostiene, con firmeza, un hueso entre los dientes. Allá atrás, mi padre transpira agotado. Siempre me solía decir que “no estaba para tales trotes”. Ahora no dice nada. Las praderas se queman, mas no puedo escuchar el crepitar de las llamas. Mi padre no grita. No dice nada. Me arrodillo y rompo en sollozos. Aún no dice nada.

De pronto, despierto entre sacudidas. Alguien presiona mis hombros. Es mi madre. Sus ojos enrojecidos pronto comienzan a quemarse. Me dice que deje de gritar. No estoy gritando y no recuerdo haberlo hecho. Mi madre se marcha, llorando. Escucho un murmullo de consuelo, debe ser mi abuela. Me doy la vuelta y observo la mesita de noche. Sobre ella, una fotografía enmarcada de mi padre, fallecido hace un par de semanas, se muestra contemplativa. Su mirada me sigue en todo momento, al menos eso quiero pensar. En ocasiones, me arrodillo ante la mesita y le comento a mi querido padre, todo lo acaecido durante el día. Algunas veces, arraigo cosas que pensaba y que debería haberle dicho en vida, cosas que a todo padre le enorgullecería escuchar de sus hijos. Yo le he privado de esas confesiones y ahora no puedo evadir decirle que le quiero. Una lágrima corre a través de mi mejilla, la retiro con el dedo índice y vuelvo a cerrar los ojos. Vuelvo a encontrarme sumido en la somnolencia.

Me despierto de nuevo súbitamente. No lo comprendo. Todas las noches en las que tomo la harina junto a mi madre antes de acostarme, las paso

en duermevela. Ríos de sudor brotan de mi piel. Trato de moverme, pero me resulta una tarea imposible. Me hallo erguido, acostado bocarriba, contemplando el techo de madera de mi habitación, adyacente este a la buhardilla de la casa. De entre los tablones comienza a deslizarse un líquido semejante a un viscoso lodo negro. De todas las paredes de mi habitación, emerge esta extraña sustancia, que se hace cada vez más abundante. Una vez mi derredor está teñido de un pacífico y deprimido color lóbrego, una figura antropomórfica comienza a formarse sobre mí. El blanco de sus huesos se muestra vehemente. Piel pálida se adhiere a su esqueleto. Eleva el brazo derecho, tratando de alcanzarme. Continuo inmóvil, contemplando tal dantesco espectáculo. Y esa criatura, adopta el rostro, la piel, el pelo, los ojos y los ropajes, de mi padre. En ese instante me elevo, parece no haber gravedad. Al tiempo que la inseguridad y la fascinación colisionan en mi cabeza, alzo el brazo y nuestros dedos índices colisionan, se adhieren y se convierten en uno.

Mi padre emerge del ático y se vuelve a sumergir. Emerge del ático. Y vuelve a sumergirse en el ático. El ático. Una palabra que de pronto suena aterradora. Cinco letras envueltas en el abandono, cinco letras que forman un lugar olvidado en la intemperie, que se enfrenta a sus propias adversidades. Un paraje lóbrego, donde los despojos de mi infancia se oxidan. Una cárcel con una única y pequeña buhardilla, a través de la cual uno puede contemplar el cielo estrellado, el firmamento; y luego se hará el tenue albor del amanecer y será otro día de entierro perpetuo.

Me precipito a la puerta de mi habitación, perseguido por aquella quimérica masa viscosa, cuya hórrida presencia se arrima a mí. Mis pies, aunque descalzos, producen una leve resonancia en el pasillo. Mi madre debe haberme escuchado. Para mi sorpresa, la puerta de la buhardilla, está abierta. La escalera inclinada se muestra imponente ante mí. Me apresuro al desván. La tenebrosidad me envuelve, así como un hedor horrible que mora la sala... así como el cuerpo de mi padre, inerte, atado con los brazos entrelazados en la espalda. Su rostro, pálido; una herida de la que brota vastas hileras de sangre se halla en la parte superior de su frente; en el dedo índice de su mano derecha, una inusual gota de sangre perpetua.

Una voz retumbante emerge del pasillo. La voz de mi madre.

-¿Hijo...?